

Resulta de aquí que, á los ojos de los antiguos, el Estado, y todo lo que formaba de él parte integrante, recibía una especie de consagración religiosa. El hombre de Estado romano que, como hemos visto más arriba, llama á la piedad la primera y la más codiciable de todas las virtudes, está convencido de que es no menos fundamental en la vida pública. «No hay, dice, más que una fuente de donde brotan todas las virtudes, la verdadera piedad, la justicia y las demás que hacen la vida soportable y feliz: tal es el conocimiento de Dios». <sup>(1)</sup> De ahí sus firmes convicciones en cuanto á la absoluta necesidad de la Religión para la vida pública, hasta tal punto, que sin ella no podría existir esta vida; porque «donde no hay ni piedad ni temor de Dios, no hay tampoco fidelidad, ni unión, ni lo que forma la base de la vida pública, la justicia». <sup>(2)</sup>

Dice Plutarco que más bien creería que «construyen los hombres ciudades en los aires, que poder formarse la idea de que puede haber un Estado sin Religión. Ella sola une la sociedad, dando á las leyes sólida base y punto seguro de apoyo». <sup>(3)</sup>

«No han creado los hombres las leyes, leemos en Sófocles: residen en los cielos esas leyes sublimes de que es padre sólo el Olimpo». <sup>(4)</sup>

«Debemos respetar las leyes, no porque son la expresión de la sabiduría humana, dice Demóstenes, sino porque son un presente de Dios». <sup>(5)</sup> «Las han escrito los dioses con su propia mano, <sup>(6)</sup> canta Eurípides, y nosotros, los mortales, no tenemos que hacer más que observarlas». <sup>(7)</sup> «Es convicción firme mía, confiesa Sócrates, que los dioses han dado las leyes á los hombres; por lo tanto, los que las

(1) Cicerón, *Nat. Deorum*, 2, 61.

(2) *Id.*, *id.*, 1, 2.

(3) Plutarco, *Advers. Coloten.*, 31, 4, 5.

(4) Sófocles, *Œd. R.*, 865 y sig. (Ahrens).

(5) Demóstenes, *Aristogitón* (25), 1, 16.

(6) Eurípides, *Jon*, 442 y sig. (Fix).

(7) *Id.*, *Hippolyt.*, 98.

quebrantan, deben pagar esa falta á los dioses, y jamás se librarán de sus castigos». <sup>(1)</sup>

Así han pensado todos los pueblos. Entre los indos, Varuna, y más tarde Agni, son los fundadores de la ley y de la guarda de los príncipes. <sup>(2)</sup> En Egipto, deben comparecer los muertos ante el Dios santísimo, para rendir cuentas al juez de los delincuentes y al conservador de las leyes. <sup>(3)</sup>

**9. Juicio formado por la antigüedad sobre la incredulidad moderna.**—Si salieran hoy de sus tumbas los antiguos, y vieran los principios que impunemente dejamos proclamar nosotros, no volverían de su asombro, y no podrían comprendernos. ¡Dejáis, nos dirían, arrancar la religión del corazón del hombre! ¿Por qué no arrancáis mejor el corazón? ¿No sería menor mal que el que le hacéis? ¿Á dónde vais á parar? ¿Queréis poner al hombre al nivel de los animales? ¿Queréis aplastarle bajo el peso de una vida que no puede llevar, si se le priva de una fuerza y de un apoyo que le vienen de lo alto? ¿Queréis llevarle á tal punto que, privado de todo motivo de resignación y de obediencia, destruya el orden de las cosas, y lleve la ruina á través del mundo?

«Veis de la humanidad la fuerza endeble  
Y la carga pesada.  
Si pierde la esperanza,  
Y si llega á quebrar su apoyo feble,  
¡Permitid á la broma libre paso!  
Ese pueblo es feliz. En bienandanza  
Vive. ¡Podéis ponerle cargas nuevas  
Y minarle su fe!  
¡Sea libre la humanidad, independiente!  
¡Sin muletas de fe! ¡Fuera Dios, fuera!  
¡Es Dios á los dichosos necesario?  
¡Necesitamos muletas para caer en ridículo!»

Y ¿no tenéis miedo á la venganza? ¿No tenéis completo conocimiento del corazón del hombre, y estáis tan poco

(1) Jenofonte, *Memorabil.*, 4, 4, 19, 21.

(2) M. Müller, *Essays*, I, 44; Fischer, *Heidenthum*, 32 61.

(3) Fischer, *Heidenthum und Offenbarung*, 272.



familiarizados con la historia, que no podéis comprender que os ha de conducir esto irremediabilmente á una catástrofe! En los tiempos del paganismo, se decía:

La sabiduría es fuente de felicidad:

Honrar la equidad es señal de sabiduría:

Los mandamientos de Dios son apoyo del derecho. (1)

Y ¿enseñáis vosotros que es sabio el que no reconoce ley fuera de sí, ley que viene de Dios, y que es inmoral seguir las leyes que no se ha dado uno á sí mismo? ¡Y os quejáis después de que no hay respeto á la ley ni á la autoridad, que no hay en las masas ni obediencia ni freno, que el mundo se disgrega y hace pedazos como un cofre viejo carcomido! Decid, ¿queréis que os comprendan, cuando no os comprendéis vosotros, cuando tenéis secretos designios tan oscuros que no os atrevéis á quitarles el velo?

¡Oh! cierto, es necesario creerlo; no podéis quejaros si os dice alguno: «Habéis separado de Dios al hombre, no para hacerlo libre é independiente, para hacerlo verdaderamente hombre, sino para hacer de él un impío; habéis querido privarle de un freno contra el mal, para entregarle sin defensa á sus apetitos, y para hacer de él un disoluto. Además, ¿no eran esas las únicas reglas de moral que podíais darle si es que puede llamarse eso reglas de moral?

He aquí un joven, que en la flor de la juventud y de la belleza, es víctima de una tentación semejante á la de José en casa de Putifar, ó á la que hizo á Hipólito caer en las redes de su madrastra. José escapó del peligro porque dijo: «¿Cómo podré yo hacer este mal y pecar contra mi Dios?». (2) También Hipólito triunfó de la tentación con estas hermosas palabras: «Sé que el primer deber es el temor de Dios» (3) ¿Qué será de vuestro joven si ha frecuentado vuestras escuelas, y ha escuchado las lecciones en que le decís: «No hables de Dios, no atiendas á la Religión y á la ley que ella impone; haz tan perfecta como

(1) Sófocles, *Antigone*, 1348 y sig.

(2) Génesis, XXXIX, 9.

(3) Eurípides, *Hippolyt.*, 996. (Fix).

puedas tu condición y la condición, ya interior ya exterior, de tu prójimo; en todo caso, haz aquello á que te sientes arrastrado exteriormente?»

Hagamos otras suposiciones todavía. Un hombre ha sido ofendido hasta en lo más profundo de su alma. En la senda de un bosque solitario encuentra á su mortal enemigo, que le ha robado el honor de su casa, que lo ha precipitado en la ruina. Un pobre, cuyos hijos mueren de hambre, encuentra un bolsillo lleno de oro. Un ebrio siente de repente que se despierta su antigua pasión, viendo un vaso de vino que chispea delante de él. ¿Qué harán? Nos lo han dicho nuestros filósofos paganos. «¡Imitad á Dios!» Pero vosotros les rompéis los oídos con vuestra fórmula: «No os dejéis arrastrar del pensamiento de Dios y de su ley; esa tentación sería ya la mayor de las infracciones de la ley moral. El Yo, ved ahí vuestro único Dios; á vosotros toca ver lo que puede ayudaros en vuestro apuro; haced aquello á que os sentís vivamente excitados». ¿No es esa ciertamente la filosofía de la impiedad y de la seducción? ¿Así cumplís la promesa de formar hombres? ¿Tenías para ello necesidad de prescindir de la religión? También nosotros los paganos, también hemos pretendido llegar á ser hombres. Ciertamente que no coronó el éxito nuestros esfuerzos; pero jamás afirmamos que era la religión obstáculo para llegar á ese fin. Por el contrario, estuvimos siempre persuadidos de que, el que suprime la religión, en lugar de ennoblecer al hombre, lo despoja de toda humanidad. Si hubiéramos llegado á conocer la Religión verdadera, ¿con cuánto gusto la hubiéramos abrazado! Y hubierais podido ver vosotros que, conducidos por su mano, hubiéramos llegado al fin de la verdadera humanidad, más perfectamente de lo que lo hemos hecho privados de sus auxilios poderosos.

**10. Juicio de la conciencia sobre la necesidad de la Religión.**—Pero si el juicio tan duro que acaban de formular la antigüedad y la humanidad puramente natural es bien fundado, ¿qué tristezas no deben expe-



rimentarse, considerando esta moral irreligiosa desde el punto de vista del Cristianismo! Sin embargo, nuestro Dios es misericordioso, y sus servidores lo son también. No juzgaremos; hay otro juez; todos oímos interiormente su voz: su conciencia tienen los que dirigen los pueblos por medio de tales doctrinas, despreciando hasta tal punto á los hombres; ella los juzgará, y en términos precisos les dará la justa apreciación de su conducta.

Pero también nosotros tenemos conciencia, que á todos nos da á conocer el deber y la verdad; nos da testimonio, para que lo sepamos bien. Á todos nos manifiesta la conciencia la obligación de seguir lo que ella nos presenta, y todos seremos juzgados según la incorruptible sentencia que ella pronuncie. No hay necesidad de largas investigaciones para darse cuenta de que necesita el hombre una religión, y que el tenerla ó no tenerla no depende del gusto de cada uno. ¿Cómo dudar de que tanto el que no practica la religión, como el que no la conoce, jamás se harán mejores, jamás adquirirán energías y jamás serán hombres completos?

Lo sabe el ignorante tan bien como el sabio; y cuando entra éste en sí mismo por el trabajo del pensamiento, halla ahí la verdad más clara que en sus libros. Para adquirir esta convicción, que jamás arrancará de nuestro corazón engaño alguno, esto es, que es absolutamente necesaria al hombre la religión, si quiere ser hombre, no necesitamos ni libro, ni autoridad, ni revelación. Sin religión nadie es bueno, porque quien desprecia el primero y más importante de los deberes del hombre, no tiene dificultad ninguna en despreciar todos los demás. Sin religión nadie es fuerte; pesa sobre el hombre débil de tal manera la vida con sus penas, con sus sacrificios y con sus tentaciones, que no puede dejar de ser aplastado, si no cuenta con un auxilio más poderoso que él. Sin religión nadie es feliz; no es feliz, sino el que se halla completamente satisfecho, y sólo puede estar plenamente satisfecho el que, si no ha llegado al resultado á que pueden y deben llegar las fuerzas humanas, tiene á lo menos la perspectiva de llegar.

Por eso no es feliz sino el que es verdaderamente bueno y verdaderamente perfecto, ó el que seriamente aspira á la perfección; y para esto la primera condición es la práctica de la Religión.

No hablamos aquí de la Religión sobrenatural del Cristianismo; ya nos han dicho la razón y la naturaleza humana que hay un Dios á quien debe servir el hombre, y en el que debe reconocer su fin; basta esto para demostrarle plenamente que no cumple su deber natural, si no vive religiosamente como le manda su conciencia: una sola y misma cosa repiten siempre la conciencia, la razón y la naturaleza del hombre, á saber, que sigamos la razón y la naturaleza; y la expresión «vivir según la naturaleza» no tiene significación aceptable, si no es sinónima de esta otra: «vivir según la conciencia». Pero la razón, la naturaleza y la conciencia nos demuestran igualmente nuestros deberes para con Dios. Y como lo hemos visto anteriormente, tuvieron razón los antiguos cuando dijeron que bien comprendido el principio «debemos seguir á la naturaleza», no tiene otra significación que ésta: «debemos imitar á Dios, y tratar de acercarnos á él, si queremos vivir como hombres de bien y poseer la felicidad».

Es tan verdad todo esto, que nada ha hallado que añadir la divina Revelación. No ha hecho más que corregir la fórmula, porque «imitar á Dios» es algo demasiado indeterminado. Por eso dice el antiguo Testamento: «El temor de Dios es el principio de la sabiduría». <sup>(1)</sup> «Nada omíte el que teme á Dios». <sup>(2)</sup> «Los que temen al Señor no buscan sino serle gratos y poner orden en sus corazones». <sup>(3)</sup> «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, en esto consiste todo el hombre». <sup>(4)</sup> Pero se ha hecho más fácil de cumplir, y es más perfecta la fórmula del Nuevo Testamento. «Ama á Dios con todo tu corazón, con toda tu al-

(1) Salmo, CX, 10; Job. XXVIII, 28; Prov. I, 6; Eclesiástico, I, 16.

(2) Eclesiástico, VII, 19.

(3) Id., II, 19, 20.

(4) Id., XII, 13.



ma y con todo tu entendimiento». <sup>(1)</sup> «Todo lo que hagáis hacedlo por amor de Dios». <sup>(2)</sup> «El amor de Dios consiste en guardar sus mandamientos». <sup>(3)</sup> Por eso el fin de todo precepto es la caridad; <sup>(4)</sup> y «la caridad para con Dios, el más fácil y el más dulce de los mandamientos, es el cumplimiento de toda ley». <sup>(5)</sup> ¡Tortuosos y difíciles de recorrer son los caminos del error! ¡Sencillo y natural, por el contrario es el sendero de la virtud! Bien comprendemos aquí las acusaciones que, durante la eternidad, se han de dirigir los desgraciados que se han buscado su ruina: «Hemos errado el camino de la verdad, y no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni ha nacido para nosotros el sol de la inteligencia. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición y hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor». <sup>(6)</sup> ¡Cuán poco natural es ese diluvio de fórmulas sobre Dios y sobre la Religión! ¡Cuán inútil es todo esto! ¡Cuán breve es, por el contrario, la palabra divina que por sí misma se ofrece á la razón, cuando la toma el hombre en toda su precisión y en su proporción verdadera con relación á su único fin, á Dios! Sólo una cosa merece toda tu atención y es que tomes en serio la fórmula siguiente: «Imita á Dios, teme á Dios, ama á Dios, y estarás seguro de llegar á ser hombre recto, bueno y completo».

(1) S. Mateo, XXII, 37.

(2) I Corinto, XVI, 14.

(3) I S. Juan, V, 3.

(4) I Timot., I, 5.

(5) Romanos, XIII, 10.

(6) Sabiduría, V, 6, 7.

## CONFERENCIA X

### LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

1. No es posible la fe sin un examen razonable de la credibilidad.—Lejos de exigir del hombre adhesión ciega á una ley que no comprende, pide, al contrario, el Cristianismo que, á la sumisión á su doctrina preceda, un examen profundo de su credibilidad; porque no es la fe sumisión ciega de la inteligencia, sino «obediencia racional». <sup>(1)</sup> Es, en otros términos, sumisión de la voluntad á lo que reconoce la inteligencia como digno de ser creído. Y toma la Iglesia tan en serio esta exigencia, que enseña que es absolutamente imposible la fe, si sólo se apoya en una convicción á medias, ó en una simple probabilidad, aun en cosas que pertenecen á la Revelación». <sup>(2)</sup> No teme la acalorada discusión de sus enseñanzas, persuadida como está de su solidez á toda prueba; nos convida, por el contrario, á compararla con cualquiera opinión doctrinal para que por nosotros mismos podamos juzgar si son ó no dignos de fe sus dogmas. Es así fiel al precepto de la Escritura: «Examinadlo todo, y abrazad lo que es bueno». <sup>(3)</sup>

2. Examen de la moral cristiana según la Ética natural.—Investigando con más precisión la moral cristiana, llegamos á la conclusión de que estamos en un todo conformes con el espíritu de la Iglesia, y en perfecta armonía con sus ideas, si invitamos á cuantos contra ella tie-

(1) Romanos, XII, 1.

(2) Prop. 21 condenada por Inocencio XI, día 2 de Marzo de 1679 (Denzinger, *Enchiridion symbolorum*, n.º 1038).

(3) I Tesalonicenses, V, 21.